LA NOVELA PASIONAL

La que quiso ser maja

Carmen de Burgos
(Colombine)

50 CENTIMOS
PRENSA MODERNA

La que quiso ser maja

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

La mujer del pelo corto

POR

ALVARO RETANA

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21 MADRID

LA NOVELA PASIONAL

Carmen de Burgos
(Colombine)

LA QUE QUISO SER MAJA

NOVELA

Ilustraciones de Loygorri

AÑO III

Nº 84

PRENSA MODERNA
MADRID

COLECCION OLIMPIA

SE HA PUESTO A LA VENTA EL CUARTO VOLUMEN

EL VICIO DE MODA

SUGESTIVA NOVELA DE

AURELIO GARCIA CARRERAS

EN CUYAS PÁGINAS LATE CON INUSITADA FUERZA PASIONAL, EN ESCENAS DE AUDAZ REALISMO, EL FUEGO SÁFICO DE UNA PREDESTINADA PECADORA

PRECIO DEL EJEMPLAR, 5 PESETAS

PEDIDOS A

PRENSA MODERNA

APARTADO 8.012

MADRID

cabó de vestirse nerviosamente Carola. No acertaba ni a ponerse el sombrero con la prisa de acudir al llamamiento de Perfecta.

No era creíble lo que había venido a decirle de parte de ella la señora Tomasa, a la que, pomposamente, llamaban *la Conserje,* pero que constituía ella sola todo el personal de *San Carlos,* el "Asilo para niños", de que las dos eran las fundadoras.

En realidad, la obra pertenecía sólo a Carola. La había concebido ella, en su necesidad de expansionar su espíritu, lleno de inquietud, ocioso; porque no bastaban a su actividad las ocupaciones caseras ni las diversiones.

Hacía poco más de un año que Carlota estaba en Madrid. Huérfana de padre desde muy niña, a la muerte de la madre, cuando los tres herma-

nos varones tomaron cada uno por su lado, había venido de Málaga para habitar en compañía de su tía Mariquita, hermana de su padre, a la que sólo conocía por haberla visto una vez que fué, siendo ella muy niña, a pasar la Navidad en Málaga.

Doña Mariquita era una solterona de sesenta años, buena moza, erguida y ágil, que hacía pensar que no habría sido por falta de pretendientes el quedarse sin casar.

Conservaba aún los ojos vivos y brillantes, una abundante cabellera blanca, rizada, que por falta de cuido presentaba ciertos reflejos amarillentos, pero que le conservaba cierto aire de juventud a su rostro fresco, como si hubiera sido una peluca postiza.

Era muy aficionada a la familia doña Mariquita. Siempre había tenido con ellos asidua correspondencia y se habían cambiado regalitos. Resultaba muy amable y muy encantadora con tal que no la molestaran alterando sus costumbres o desequilibrando su presupuesto.

Con la pensión que le había quedado de su padre, que murió de coronel en la guerra de Africa, y que ella disfrutaba desde hacía cincuenta y cinco años, había sabido arreglarse una vida sencilla, modesta y cómoda, sobre todo cómoda.

Pero se daba el caso raro de que doña Mariquita, que de muchacha no había querido ir a

ninguna diversión y que jamás hizo caso de los hombres, viviendo sobriamente, como al margen de todo, tenía ahora unos deseos locos de estar acompañada, de comer bien, de salir y de tomar parte en las fiestas.

Tenía la sinceridad de no ocultarlo.

—¿Por qué no me habré yo casado?—solía suspirar.

Arreglaba su vida para economizar y que le quedase lo suficiente para irse al cinematógrafo cada vez que había películas nuevas, sin perder ninguna de la serie, por largas e interminables que fuesen, y se dormía todas las noches con los auriculares de su galena puestos en los oídos.

Así es que recibió con placer a aquella sobrina que años antes le hubiera sido insoportable.

Carola tenía las mismas ideas que su tía respecto al matrimonio. Con la renta modesta de la herencia materna podía vivir holgada y modestamente, sin necesitar al hombre. El matrimonio se le aparecía sólo como una necesidad económica. Estaba desengañada—decía—de lo que los hombres eran, después de haber convivido íntimamente con sus tres hermanos y de oír las conversaciones que sostenían delante de ella, sin reserva ninguna, con esa falta de respeto y esa idea de inferioridad que solían tener allí los hombres respecto de las mujeres.

—Ha sido para mí una vacuna contra el amor— solía decir.

La encantaba la paz de la casa de la tía Mariquita, en la que sólo entraba la asistenta todas las mañanas y se marchaba en cuanto hacía la limpieza. Era una vida tranquila, mecánica, tan distinta de la que tenía en su casa, donde los hermanos gritaban todo el día con las criadas, lo ponían todo en medio, lo revolvían todo, de manera que era imposible ver las habitaciones arregladas y limpias.

Cuando doña Mariquita repetía melancólicamente su pregunta "¿Por qué no me habré casado?", ella le respondía sin vacilar:

—Porque ha tenido usted talento. Los hombres son inaguantables.

Pero después de medio año de su vida uniforme Carola comenzó a cansarse. Había en ella una fuerza de vida y de juventud que reclamaba sus derechos.

Andaba toda la mañana atareada por la casa, ayudándole a la asistenta a limpiar muebles y cristales, puliéndolo y barnizándolo todo. Se metía en la cocina y preparaba platos complicados; había comenzado media docena de labores distintas: un jersey de punto, un centro de mesa de conchas, un chal al batik, un tapiz de Smirna, un pañuelo de *frivolité* y una colcha de encaje de Irlanda. Daba unos puntos o unas pinceladas

en cada cosa y la abandonaba, sin acabarla nunca.

Leía cuatro novelas a la vez, y todos los días dedicaba un rato a repasar el *Método de Ham,* para no olvidar lo poquito de francés que había aprendido en el colegio.

Como partido el gasto entre las dos, podían hacer mayor economía, algunas noches se iban al teatro, donde doña Mariquita, que oía poco, se quedaba durmiendo. A ella le gustaba más su cine. Carola solía dejarla en él y marcharse de paseo.

En el Parque del Oeste había conocido a Perfecta, alumna de la Escuela Normal, que se iba allí a estudiar sus lecciones.

No habían tardado en hacerse amigas y en comunicarse sus impresiones.

—Es necesario algo en la vida—le decía Perfecta—que la ocupe, que le haga tener un objeto. Crear algo que señale nuestro paso por la tierra y no cruzarla de un modo infecundo. Por eso yo estudio para maestra, porque amo mucho a los niños.

Carola pensaba en las palabras de su amiga. Ella no se encontraba con fuerza de voluntad para seguir ya una carrera; pero podía, contando con la cooperación de personas pudientes, tener un asilo de niños.

Perfecta se entusiasmó con la idea. Era una cosa admirable. No se podía describir el contento

que experimentarían sus corazones con aquella maternidad ideal.

Desde entonces no hablaban de otra cosa, y Carola declaraba:

—El llegar a crear el asilo constituye la ilusión de mi vida.

Había sido enorme el trabajo que se impuso para lograrlo. No volvió a coger sus labores ni a ocuparse de nada de la casa. Se acabaron las lecturas, los paseos y sus agradables ratos de cinematógrafo o teatro. Se había dedicado por entero a su gran obra.

Perfecta, que hacía propaganda entre sus amigas, había logrado fundar una sociedad que patrocinaba la idea y que ya tenía cerca de tres docenas de adeptas. Había conseguido que fuese presidenta honoraria la auxiliar de la cátedra de Cocina del Museo Feminista, la cual señora tenía fama de gozar de influencia. La presidenta efectiva era Carola, como iniciadora de la idea. Las juntas las tenían en el salón de la Asociación de Mutilados, cuyo anciano presidente era un gran feminista; y solían asistir a ellas varios socios, que contribuían con cincuenta céntimos al trimestre y encontraban muy agradable la conversación con las jóvenes compañeras de Perfecta.

Algunos hasta se habían atrevido a decirle chicoleos a Carlota, que los rechazó indignada.

Sin ser hermosa, había momentos en que es

taba muy bella. La mayor parte de los días pasaba inadvertida por la calle; pero los días en que *le salía* aquella belleza fresca y apetitosa iba dejando en pos suyo una estela de piropos.

Le hacían reír las exclamaciones de los albañiles, que, cargados con las espuertas y las piedras, decían al verla pasar:

—¡Eso es carne, y no lo que echa mi mujer en el cocido!

—¡Eso es una mujer, y no la porquería que tengo yo en casa!

—¡Quién fuera hombre...!

Pero la indignaban los desocupados, que, con una gran falta de respeto, la seguían y la molestaban, sin haberles dado lugar.

Perfecta, más desenvuelta que ella, se reía.

—Te advierto que si a la mayor parte de esos que se paran en los escaparates ofreciendo su compañía le dijéramos que sí, le dábamos un susto. No son más que boquilla.

—Pues te aseguro que le temo al día que estoy guapa, porque me molestan mucho.

En las juntas reinaba siempre un entusiasmo extraordinario.

—Expongan ideas—demandaba la presidenta.

Todas las afiliadas rivalizaban en proposiciones respecto a la extensión que había de tener el asilo: comedores, dormitorios, jardines, escuela, talleres para enseñarles oficios...

—¿Y el dinero?

No causaba la pregunta desilusión.

—¡Lo buscaremos!

Se citaban ejemplos de instituciones nacidas pobremente; de donativos hechos por personas ricas; de protección oficial.

Nombraban comisiones para ir a ver ministros, alcaldes y personalidades. Otras se encargaban de la propaganda: enviaban sueltos a los periódicos y trataban de conseguir mayor número de socios.

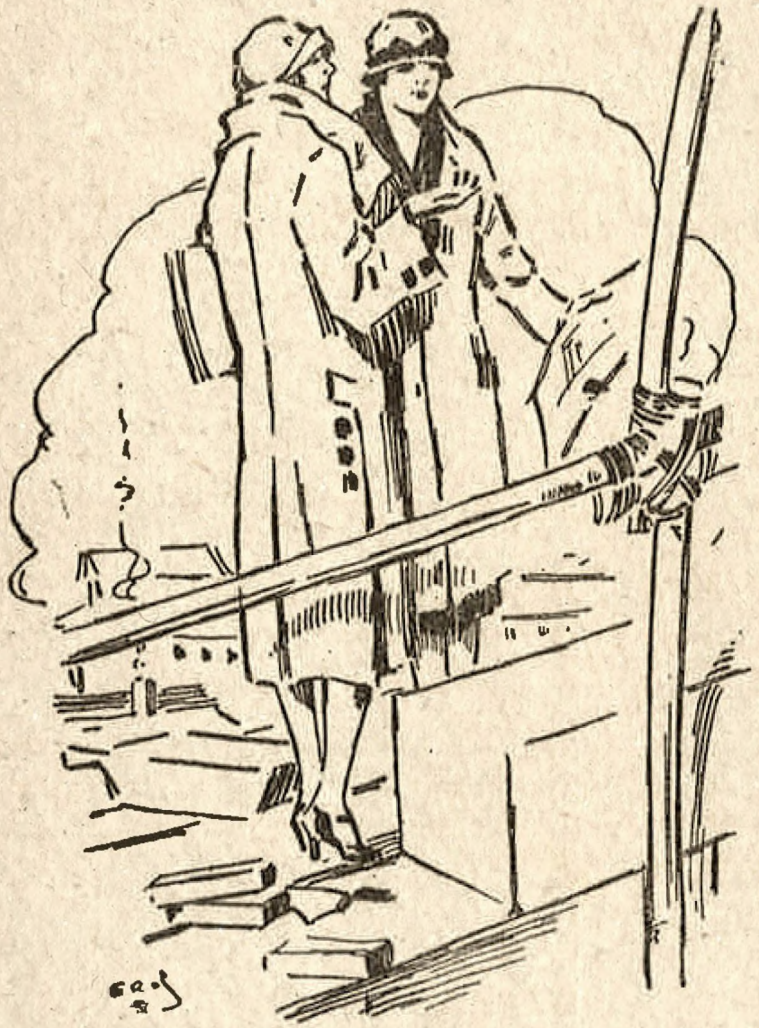
Lo poco que la sociedad recaudaba daba apenas para tarjetas e impresos. Se realizaban algunas visitas, y los comisionados salían muy complacidos de las atenciones de los magnates, pero sin nada práctico.

El tiempo pasaba, y el asilo no se hacía. Desde que no había actos públicos, reuniones y sueltos de periódico, el espíritu de los asociados iba decayendo. Nadie les daba dinero, nadie les cedía local. La presidenta había presentado la dimisión, quedándose con los escasos donativos de algunas damas piadosas.

Las únicas que no desanimaban eran Perfecta y Carlota.

—Lo haremos solas—había declarado la última en un arranque de entusiasmo.

Y a sus expensas había alquilado aquel viejo



Todo lo harían ellas dos solas.

caserón de los Cuatro Caminos, en cuya puerta había colocado el suntuoso letrero:

SAN CARLOS

Asilo de Niños.

Pero resultaba ahora que no había niños.

Todos los que vagaban jugando por calles y plazas no querían ir al Asilo.

Carola había ido de casa en casa, por toda la barriada, hablando de las ventajas que la fundación ofrecía.

En todas partes había sido recibida con indiferencia, con recelo. En algunas se habían indignado.

—Pobres somos, pero, gracias a Dios, mis hijos no tienen que ir a un asilo—solían decirle.

Al fin, con dádivas a las madres y con la influencia de la conserje, que constituía todo el personal, habían logrado reunir una media docena de chicuelos.

Se las miraba con desconfianza. ¿Para qué querrían aquellas señoras los niños?

Ellas no lo notaban.

—Cuando tengamos más—decían en sus conversaciones—, invitaremos a la infanta y al ministro de Instrucción pública para que vengan a verlos.

—¿Y por qué no a la reina y al obispo?—preguntaba doña Mariquita.

—Eso después. Tendrán que quedarse encantados de la idea y la protegerán.

—Además, como hablará la Prensa, se enterará la gente y tendremos muchas ayudas.

—Yo no quiero gloria para mí, sino hacer el bien a estos angelitos.

—Tienes razón. Nada existe más grande que el niño.

—Son el futuro de la nación.

No querían confesarse que los niños las tenían ya algo defraudadas. Venían las pobres criaturas sucias, derrotadas y llenas de miseria, y se hacía muy difícil limpiarlos.

No era factible ponerles un vestido al llegar y quitárselo cuando se fueran. Si se lo dejaban, a los dos días estaba tan sucio y tan roto como los primitivos harapos.

Además, era cosa difícil el limpiarlos. El día que quisieron bañarlos y cortarles el cabello, casi hubo una manifestación pública.

Una madre comenzó a gritar que aquello era maltratar a los niños. Los chillidos de los que no

querían entrar en el agua llegaban a la Puerta del Sol, como si los estuvieran matando.

La multitud gritaba indignada:

—Si fueran sus hijos no los meterían en el agua en un día como el de hoy.

Ellas se consolaron pensando:

—Estos son defectos de los principios. De la mala organización que tenemos aún. Cuando logremos el internado, ya será otra cosa.

Tampoco el trato con los niños les proporcionaba la satisfacción que creían.

—Tienen ya brusquedades y defectos de hombres—se confesaron.

Cuando las veían aparecer se amorraban, y la Tomasa tenía que arrastrarlos, tirándoles de las manos sucias, para que se acercasen a sus protectoras.

Se quedaban como si hubieran perdido la voz, como idiotizados en su presencia, sin contestar a ninguna de sus preguntas.

—¿Estás contento?

Silencio.

—¿Te gusta estar aquí?

Silencio.

Era Tomasa la que tenía que hacer como los padrinos en el bautismo:

—Dí que sí.

—Sí, señora; dí.

Equivalía a la respuesta de ellos.

A cada beso tenían que limpiarles antes los morritos con su pañuelo.

En cuanto volvían la espalda, comenzaban a jugar al peón, a darse mamporros, a gritar palabras no escogidas y a destrozarse los vestidos.

Apenas se les abría la puerta, escapaban como huyendo de una prisión.

Y no tardó en plantearse el conflicto de los alimentos. Aunque Tomasa juraba que administraba lealmente, comprando como si fuese para ella misma, y peleándose con todos los vendedores por su regateo, el presupuesto no alcanzaba a cubrir gastos.

—El carnicero me ha dicho que parece mentira que sea así, que es como si yo fuera a heredar a las señoras—les contaba Tomasa.

Lo que no les contaba era cómo cambiaba el chocolate que llevaban las jóvenes por otro más inferior, y hacía sólo una onza para cada dos, poniendo tres partes de agua por una de leche, y cosas por el estilo.

Aquella tarde, Tomasa había llegado, muy asustada, a decirle que Perfecta la esperaba en el Asilo. Había allí un delegado de la Autoridad con la orden de cerrarlo.

Cuando llegó había mucha gente, mujeres en su mayoría, agrupadas delante de *San Carlos,* con

esa actitud violenta que suele tomar la multitud cuando protesta de un atropello.

Oyó frases incomprensibles a su paso:

—¡Si quieren hijos, que los paran!

—¡Si llega a ser un hijo mío, doy fin de ellas!

—¡Son las ladronas de niños!

—¡Se comen lo que les dan para los angelitos! ¡Nos explotan!

Dentro de la casa encontró a Perfecta llorando.

—¿Qué pasa?

Uno de los chicos estaba enfermo de gravedad. El médico llamado por su madre dijo que era debido a un enfriamiento y al grado de debilidad en que se hallaba.

Aquel diagnóstico revolvió a todo el barrio contra ellas:

—En el Asilo mataban a los niños.

Las comadres dieron parte a las autoridades, y como las jóvenes no se habían cuidado de la parte legal de la institución, el delegado traía orden de cerrar el edificio y de incoar el expediente a que hubiera lugar.

Tuvieron los guardias que defenderlas, mientras subían a un automóvil para escapar de allí. Los asilados, en su papel de niños víctimas, narraban a todos los que querían escucharlos los tormentos y las hambres que les hacían pasar. Todas aquellas gentes gritaban contra ellas, las maldecían y las amenazaban.

Perfecta, más dueña de sí, trataba de consolar a Carola, que lloraba desconsoladamente:

—¡Qué desengaño! ¡Esto que era la ilusión de mi vida!

Estaba casi escondida Carola entre la montaña de muselina blanca, de sedas y de encajes, esparcidos por todas partes; sobre el sofá, las butacas y las sillas.

Se sentía feliz desdoblando camisitas, pañales, mantillas y saquitos para que los admirasen sus amigos.

¡Iba a tener un hijo!

—¡Esta vez se realiza la ilusión de toda mi vida!—decía.

Al fin podría dar curso a su afición por los niños y su ternura, no con la maternidad fracasada de la soltera, sino con la verdadera maternidad.

Después del desengaño sufrido en sus ideales filantrópicos con el Asilo de Niños, se había quedado sin saber qué hacer. La idea de amar a los

niños le hacía desear tener ella uno. Y aquella afición la llevó al casamiento.

Don Salvador era mucho mayor que ella; pero era un hombre fuerte, muy sano, honrado y de posición desahogada, pues sólo le faltaba un ascenso para tener categoría de jefe de Administración de primera clase.

Hacía mucho tiempo que estaba enamorado de Carola y que era amigo de la casa. La joven conocía bien su carácter reposado y tranquilo. Le convenía como marido. Ella seguía viendo siempre en el matrimonio sólo un fin utilitario. No necesitaba del hombre económicamente, pero le necesitaba para tener el hijo deseado.

—Le aseguro a usted—le decía a doña Mariquita en sus confidencias—que si pudiera haber hijos artificiales, lo que es yo no me casaba.

Doña Mariquita encontró bien la boda y contribuyó a ella con sus consejos:

—¡Ojalá yo me hubiera casado!

Pero cuando se realizó el matrimonio no quiso irse a vivir con ellos.

—No puedo ya dejar mi casa y mis comodidades; a mi edad no se varía.

Hasta en el fondo se sintió feliz cuando volvió a quedarse sola, sin la sobrina, y reanudó su costumbre de ir al cinematógrafo todas las tardes y de oír la radio por la noche.

Para poder ir a su diversión favorita, defendién-

dose del frío de Madrid, se había comprado una carga de camisetas, calzones, cubrecorsés y sacos de lana, que se colocaba, unos sobre otros, hasta sudar en pleno enero, encantada de sentir su dulce calor.

Carola se había visto defraudada en su deseo de maternidad. Desde el día siguiente de la boda se empezó a mirar al espejo todas las mañanas, con la esperanza de ver en su rostro las huellas de la maceración que preceden a la maternidad; pero sus ojos no perdían brillo, sus ojeras no se profundizaban ni sus mejillas palidecían. Por el contrario, cada vez estaba más fresca, más rozagante, más saludable; su talle, en vez de perder lozanía, se volvía más esbelto, más redondo; aquellos días de belleza que de soltera solía tener de higos a brevas, se hacían ahora más frecuentes. Don Salvador estaba cada día más enamorado de su mujer.

Ella lo miraba con recelo. ¡Su marido le llevaba once años! Se aproximaba ya a los cuarenta. ¿Sería ésta la causa de que no llegara el deseado hijo? Llegaba a esbozar la duda a algunas de sus amigas de más confianza; pero ellas le respondían siempre riendo:

—Los hombres no son nunca viejos.

Acudió a la ciencia en busca de remedios, y no contenta con el dictamen de los médicos, recurrió a la experiencia de matronas y comadres.

Se puso bizmas, tomó desahumerios; hizo que su marido la llevase a mudar de aguas y hasta ofreció rogativas a los santos que tenían fama de conceder el don de la maternidad.

No hubiera vacilado en aceptar todos los medios para tener un hijo. Le parecía que no habiendo hijos, el matrimonio no era un sacramento verdadero, que le faltaba la bendición de Dios.

La idea del divorcio pasaba por su mente, a pesar de que don Salvador era el marido ideal. No iba más que de su casa a la oficina, y de la oficina a su casa; no faltaba jamás a las horas de comer; no salía de noche ni tenía más ilusión que la de su mujercita.

Era un hombre tan arreglado, tan metódico, que ni siquiera podía tener de él la queja que tenía de sus hermanos, cuyas turbulencias revolvían la casa.

Don Salvador, pulcro y reposado, no dejaba jamás nada en medio, ni se le oía alzar la voz, ni enfadarse.

Cuando la exhortaba con ternura a tener paciencia, ella se revolvía furiosa:

—Un hijo es la ilusión de mi vida.

Y, al fin, al cabo de dos años, cuando ya comenzaba a perder toda esperanza, su salud se alteró de un modo alarmante. No podía sufrir el malestar, los vómitos y los mareos; pero no se atrevía a pensar en la felicidad de sufrir todas

Era un hombre arreglado y metódico.

las miserias físicas que lleva aparejada la maternidad con tal de tener un hijo.

En vez de llamar al médico, llamó a la matrona, que le aseguró que no se equivocaba.

Habían pasado cinco meses, y los síntomas se acentuaban. Sentía ya bruscos y violentos movimientos dentro de su vientre.

La buena nueva se había celebrado con gran alegría. Don Salvador echó la casa por la ventana. Carola había dejado de aburrirse. Se diría que no sentía los padecimientos físicos, sostenida por la ilusión de su maternidad.

Se hacía traer los muestrarios de los principales comercios. No se saciaba de comprar cosas para la canastilla con tal profusión, que don Salvador, que no se atrevía a poner tasa a los caprichos de su mujer, solía decirle:

—Bueno, servirá para los que vengan después.

Un día Carola asomó con un cabás de piel de cocodrilo.

—¿Qué es eso?—le preguntó su marido.

—Para cuando el niño vaya a la escuela.

Se había convenido ya en que era niño durante aquellos paseos ordenados por la higiene que los dos esposos daban al anochecer, y en los cuales Carola se apoyaba confiadamente en el brazo de su marido, como agradeciéndole su maternidad.

Realmente, los dos convenían en que el hijo esperado debía ser algo extraordinario, según los

signos con que se presentaba. Eran tan fuertes, tan violentos, los movimientos en el vientre de la madre, que se veía levantarse su ropa; y cuando estaba sentada en un sofá movía a la persona que tenía al lado.

—¿Si serán dos?

—¡Quizá más!

Aquello le causó miedo. El peligro del alumbramiento la asustaba.

Entonces fueron a ver a un médico, que, después de examinarla, dijo, sin darse cuenta del daño que hacía:

—¡No hay tal hijo! Es un falso embarazo. Un cólico de aire, que trataremos de resolver.

La decepción de Carola había sido tan grande, que don Salvador pensaba que se volvía loca. Sentía, al par, la pérdida de su ilusión y el ridículo que iba a hacer entre sus amigas, que se reirían de su desgracia, sobre todo Matilde y Juanita, las cuales no tenían hijos, y a las que ella había casi insultado con su maternidad cuando la exhibía como un estandarte de triunfo. En su alegría, no había tenido pudor de ocultar su estado; se complacía en mostrarlo como una superioridad.

—¡Y ahora que vean que el hijo se ha convertido en viento! ¡Prefiero morirme!

Tuvo don Salvador que obrar enérgicamente, empezando por despedir a la matrona que la te-

nía embaucada. Había que fingir el parto y decir que el niño se había muerto.

—¿Por qué no decir que eran gemelos?

—Hay bastante con uno.

Y así se había hecho. Cuando se resolvió el cólico se anunció a sus amistades el alumbramiento de Carola y la muerte del heredero, con tanto amor esperado.

Carola estaba inconsolable; se había creído su patraña, y lloraba por su niño, como si en realidad hubiese existido.

Recibía a las amigas en la sala, a la media luz de las casas en duelo; rodeada de todas las prendas del atico, que continuaban desdobladas en torno suyo y que sabía que ya no le podrían servir, porque el doctor la había desengañado de que no era su esposo el culpable, sino el organismo de ella, de no poder tener hijos.

Eran en vano los consuelos del marido.

—No te importe. Verás qué bien lo pasamos. Fíjate en que los matrimonios más unidos son los que no tienen hijos.

—No digas eso. Son el encanto del hogar. Un hogar sin hijos está incompleto.

—Esas son ilusiones. Los hijos, cuando son pequeños, son nuestros; pero así que crecen, se convierten en señoras y caballeros, tan distintos de nosotros, que a veces nos hacen pagar caro el

egoísmo con que queremos traerlos al mundo. Créete que Dios sabe lo que se hace.

—No hables así. Sin hijos, la vida es infecunda, fracasada. Nada nos perpetúa.

—Pues por eso debemos de sacar de ella el mejor partido posible.

—¡Pasar sin dejar huella!

—Así es como pasan millones de seres, con hijos o sin ellos. El perpetuarse, cosa que nada pone ni quita a nuestra felicidad, es cosa de los grandes artistas, y mira qué pocos son.

Había cambiado por completo la vida del matrimonio. Carola estaba desconocida. En su deseo de olvidar el fracaso del hijo, se lanzaba con ardor a las diversiones y a frecuentar la sociedad, arrastrando con ella a su marido.

No paraba en casa; hasta las horas que él estaba en la oficina se iba a pasear sola, o a visitar iglesias y museos.

Don Salvador no se inquietaba. Tenía confianza completa en la dignidad de su mujer.

Esta se deleitaba principalmente en los Museos, a solas con sus pensamientos.

Sus visitas al Museo del Prado le habían sugerido una idea: "Puesto que no he podido perpetuarme en un hijo, ni en una obra, quiero quedar en un cuadro. Diga Salvador lo que le parezca, yo no quiero pasar por la vida sin dejar huella."

¡Qué envidia sentía de las mujeres perpetuadas en los cuadros de los museos! Envidiaba la suerte de las que, no pudiendo crear el arte, habían encontrado un grande artista que las inmortalizase.

Sentía el deseo de quedar en un cuadro; de perpetuarse de aquel modo para la perpetuidad.

Cuando tímidamente esbozó la idea a su marido, él la encontró acertada.

—Vete a casa de Franzen, que te haga un cuadro grande, como el de la reina.

Ella no aceptó. No era eso lo que deseaba.

—Un retrato de fotografía, o un vulgar retrato al óleo, no resuelven nada. Cuando no se tiene familia que los conserve, van a parar al Rastro.

—¿Qué quieres entonces?

—Nada...

No se atrevía a expresarle claramente su pensamiento, y no se volvió a hablar más del asunto.

Pero ella seguía visitando asiduamente el Museo.

Las únicas mujeres que quedaban eran aquellas perpetuadas allí por el genio de un gran pintor.

¡Cómo le hubiera gustado ser amada de un artista, de esos que habían hecho adorar el retrato de sus esposas, de sus hijas o de sus amantes en los altares! Pero ya que tenía que contentarse con ser la esposa de un empleado, quería hacer que

la retratase uno de los grandes pintores de la época. Podía pagar su retrato con sus economías. No tenían hijos, y no se iban a llevar al otro mundo las 50.000 pesetas que tenían ahorradas. ¿En qué se podían gastar mejor? Hacerse un hotel era una locura, aumentar sus cuidados, y más no teniendo a quién dejárselo. Se meterían en él los parientes de su marido, lo trastornarían y lo cambiarían todo, sin ocuparse para nada de sus recuerdos.

Un día le habló de eso a don Salvador. Por vez primera encontró resistencia en él.

—Eso es una locura.

—Pues entonces, si no eres capaz de couprender mis sentimientos, hay que darse prisa a gastarlo todo. No quiero que tus sobrinos se alegren de nuestra muerte.

Poco a poco se había ido convenciendo don Salvador y dándole la razón a su mujer. Sobre todo cuando la veía tan bella en su *toilette* íntima.

Carola se había hecho maestra en el arte de saberse cuidar. Sus baños, sus masajes y sus perfumes la tenían cada vez más atractiva y más fresca. Se descubrían nuevas bellezas que habían permanecido insospechadas.

"La verdad es—pensaba don Salvador—que es pena que se pierda la hermosura de una mujer como Carola. Es preciso buscar un buen pintor

que la retrate. Será para mí un encanto tenerla siempre como está ahora."

Pero no era cosa fácil encontrar pintor. Se necesitaba un artista de fama, capaz de hacer la obra maestra que legarían al Museo.

Carola paseaba por las salas mirando las mujeres de los cuadros, tratando de elegir entre ellas, como si todavía pudiera encomendar su retrato a Rubens o al Ticiano.

—No basta que sea un gran pintor—le decía a su marido—. No todos sirven para retratar mujeres. Es un arte especial.

—Lo mismo sucede en todo— contestaba él—. Ya ves, Velázquez sabía pintar tan hermosamente las personas y no le salían bien los caballos.

—¡Qué comparaciones! A ver si eres tú también de los que comparan las mujeres con los caballos.

—¡Líbreme Dios! Pero a ti te gustaría, indudablemente, un Ganisbaurg, un Reynolds, uno de esos pintores que favorecen, que hacen tipos elegantes, espirituales.

—No es eso..., es algo que no me sé explicar. Ya ves que en el Museo hay preciosidades de mujeres; hasta la Gioconda. Pues la que a mí me gusta es la duquesa de Alba.

—¿Cuál?

—La Maja desnuda, de Goya.

—Pero ésa no es la duquesa de Alba.

—Todo el mundo lo dice.

—Es una calumnia; una versión de la plebe, que quería llegar así a mancillar el nombre de una mujer de la más recia estirpe española. Goya era feo, viejo y con mal genio; hasta sordo. Figúrate si le iba a gustar a una mujer como doña Cayetana.

—Es que el genio lo embellece todo.

—Ríete de eso.

—Y luego la ilusión de verse en un cuadro así, para que hablen de ella mientras el mundo sea mundo. Es una tentación demasiado fuerte.

—¿Serías tú capaz?

—No digas tonterías. Yo no puedo querer más que a mi maridito. Lo que sí te aseguro es que hacerme un retrato así, con esa luz de campanario que tiene la Maja, que parece que está bajo una cúpula de cristales, sería la ilusión de mi vida.

—Bueno, querida. Tú repites con mucha frecuencia eso de la ilusión de tu vida. Ya has cambiado de objeto demasiadas veces.

—¡Te burlas de mi desgracia!

Estaba a punto de echarse a llorar, y tan bonita, que don Salvador la estrechó entre sus brazos, besándola apasionadamente.

—¿Conque quieres ser Maja?...—le preguntó con mimo.

—Sí...—contestó ella, sin acabar de enjugarse las lágrimas.

—Bueno... Pues será lo que tú quieras. Buscaremos al mejor pintor, el de más fama, y bien podrá darse por contento, pues con un modelo como tú se pueden hacer maravillas.

—¡Adulador!

—No. Estoy seguro de que serás una Maja deliciosa... Pero una *Maja vestida,* ¿eh?

odas las conversaciones y proyectos de los dos esposos giraban desde entonces en torno del proyectado retrato. Ningún pintor les parecía lo suficientemente bueno. A fuerza de hacer proyectos de cómo había de ser el retrato, habían acabado por notar que la Maja de Goya era demasiado sobria.

—¿No te parece que está muy desairada con tan poco adorno?—preguntó ella un día.

—Algo hay de eso. Los pintores modernos buscan más recursos.

—Y los antiguos, también. Mira la Venus de Ticiano, con el perrito, el pavo real y la fuente allá a lo lejos. ¡Un fondo tan divino!

—Es cierto. El pintor tiene que cuidar el fondo que te ponga.

—¿Sería mejor un jardín, o un naranjal?

Un pavo real alegórico...

—Nada de eso. Una habitación lujosa: cortinajes, terciopelos, colores calientes; algo como los venecianos.

—Me parece cursi. Prefiero el aire libre. Una cosa así como el retrato de la duquesa de Oxford.

—Y luego que la expresión esté a tono con el fondo.

—En eso de la expresión quiero que sea como la de Monna Lisa, un poco enigmática y reservada.

—¿Y el traje?

—Algo muy español, muy de Maja. Yo creo que estaré bien de negro, con gran mantilla. Me sienta muy bien la mantilla. El traje un poco corto, que se me vean los pies, como el retrato de María Luisa.

—En la mano puedes tener tu gran abanico de nácar.

—Eso había yo pensado. ¿Y joyas?

—El pintor puede poner las que quiera.

—No es lo mismo. Las perlas dejan un reflejo sobre la carne. Los grandes aretes dan sombras y hasta influyen sobre los ojos. Me pondré todas las mías, y hasta si es preciso se compra alguna.

—Hay que cuidar que no resulte charro.

—¡Claro! Esa es la gran ventaja de la Maja de Goya: el no llevar ropa. Pero yo he pensado

en algo que dé distinción: un lebrel o un pavo real.

—Sí. El pavo real es muy alegórico. Tú sentada, y él a tus pies.

—Sentada, no. ¡Qué tontería! Cuando se tiene mi estatura y mi esbeltez, hay que lucirlas. Yo quiero hacerme el retrato de pie. Un retrato que le puedan llamar *La Maja de pie.*

Quedó convenido que el retrato sería vestida de negro, con peina de teja y mantilla española. Había que exagerar un poco el descote para lucir el collar con la gran cruz de oro sobre el seno. Llevaría aretes largos, un grueso alfiler de brillantes en la mantilla y pulseras. El pavo real debía estar a su lado, sobre la alfombra.

Estaba todo preparado. No faltaba más que el pintor.

La misma brusquedad, la misma falta de cortesía, el mismo aspecto de bruto del gran pintor, encantaban a Carola.

Sin duda aquello eran manifestaciones del genio de Marcelo. Recordaba haber leído que Miguel Angel era irascible y la emprendió un día a palos, nada menos que con el Papa, en lo alto de su andamio, enfadado de que el Pontífice hubiera llegado hasta allí cuando pintaba las Sibilas de la Capilla Sixtina a la luz de una candileja de aceite. ¿Pues y Goya? Era tan célebre por su genio de artista como por su mal genio. Ya se sabía que le plantaba una grosería al lucero del alba.

Su amiga Ernestina, que la había presentado al artista, repetía:

—Los grandes hombres son así. Hay que tolerárselo todo.

A veces le parecía tan imbécil Marcelo, que pensaba en que su marido tenía razón cuando aseguraba que algunos pintores célebres no les pasaba el talento del puño para arriba.

Estaba de paso en Madrid aquella gloria mundial. Aparecían diariamente en la Prensa artículos encomiásticos. Lo habían recibido en Palacio. Le habían dado banquetes. Se le hacía una apoteosis a su paso por la patria, después de haber conquistado laureles en París, en Roma y en toda América.

No era fácil llegar hasta Marcelo. No recibía a nadie más que a sus íntimos y algún gran personaje. Carola lo había conocido gracias a Ernestina, que, con su audacia de mujer bonita y despreocupada, se metía en todas partes.

Como la joven pertenecía a una familia aristocrática y había viajado mucho, tuvo ocasión de conocer al pintor ilustre en Londres hacía un par de años. Su belleza de efebo conmovió al artista. Llegaron a tener gran amistad, y hasta le sirvió de modelo, pero no para un retrato, sino para la cabeza de una ninfa de las que rodeaban a Lady Langerwood, que había tenido el capricho de retratarse de Venus, sin ninguna ropa, y había pagado una fabulosa cantidad de libras esterlinas por el cuadro.

Carola no se había atrevido a manifestarle a Marcelo aún su deseo de ser retratada por él. Le

daba cierto miedo cuando lo oía hablar de los retratos que había pintado. Todos eran de celebridades y de princesas.

—Ya no pienso pintar retratos—declaraba—. Sobre todo de mujeres. A mí me gusta pintar mujeres frescas..., pero sin ropa. Eso de entretenerse en dibujar encajitos a lo Van Dyck no se ha hecho para mí. El genio no se puede someter a esa tortura. En vez de copiar hay que crear.

Carola se desanimaba; pero Ernestina le decía:

—No hagas caso. Dice eso, pero luego ya será otra cosa. Verás cómo logramos que lo haga.

Todas las tardes iban juntas al hotel donde estaba el pintor. Se aburría en Madrid.

—Estoy cansado de sociedad—les declaraba—. Prefiero estar a la pata la llana con dos mujeres tan guapas como ustedes.

Le agradaba, sobre todo, Ernestina con sus desplantes de camarada; que bebía y fumaba con él, y lo entretenía contándole anécdotas picantes de la gente que conocían.

Para Carola aquella clase de mundo era cosa nueva. Permanecía encogida, confusa, ruborizada a veces, aunque quería tomar una actitud mundana y resuelta como la de su amiga.

Y precisamente su cortedad llamaba la atención del artista.

—Es un ave rara tu amiga. Me gusta—le confesaba a Ernestina.

Encontraba a Carola provocativa, con su cuerpo tan macizo, tan fresco, tan bien plantado, y la picardía que le daba su gran descote. Se hacía provocativo el descote de Carola, porque no estaba acostumbrada a descotarse. Parecía que la carne, tanto tiempo recatada, había guardado sus reflejos de madre-perla, las cuales lucían con una procacidad que no tenían los otros descotes, ya deslustrados por tantos ojos como los miraron.

Le gustaba Carola al artista; pero como era hombre incapaz de perder el tiempo en los preliminares y los galanteos de una conquista, esperaba sólo la ocasión de que Ernestina los dejase solos para manifestarle su pasión. No se le ocurría la idea de que lo pudiera rechazar. En su fatuidad, acostumbrado a los triunfos fáciles, pensaba que si Carola iba allí era porque estaba enamorada de él. ¿Qué otro objeto podía tener? Era un honor que le hacía el no rechazarla.

A veces solía tomarse libertades que sonrojaban a Carola y hacían reír a Ernestina.

Algunas tardes se encontraban allí con otros artistas amigos de Marcelo, que bromeaban con Ernestina y no le guardaban a Carola gran respeto. Ella le ocultaba todo aquello a su marido.

—¿Pero cuándo se comienza ese retrato?—preguntaba don Salvador.

Un día ella le dijo:

—Temo que Marcelo no quiera hacer mi retrato.

—¿Por qué?

—No retrata más que a princesas y reinas.

—En pagándole bien...

—Va a exigir mucho.

—Podemos darle hasta las 50.000 pesetas.

Estaba él ya tan entusiasmado como su mujer en lograr el sueño de que fuera Maja de museo.

Al fin, un día Carola se atrevió a decirle a Marcelo en tono de broma:

—Yo quisiera que usted me hiciera un retrato.

El tuvo una sonrisa de conmiseración, como si le hubieran dicho un disparate muy grande, y le contestó maliciosamente:

—Ya lo creo que podemos hacer un gran retrato... y todo lo que usted quiera.

Carola no comprendió la intención del artista. Se apoderó de ella una emoción que le hacía subir las lágrimas a los ojos. Aquella noche no durmió. Estaba contenta y palmoteaba como una niña.

—¿Y el pavo real?—le preguntó don Salvador.

—No me he atrevido a decirle nada.

—Mal hecho.

—Es que un artista como él tal vez quiera hacer algo extraordinario. Otros elementos. Otra pose.

—Nada de eso. El que paga, manda. ¿Habéis hablado del precio?

—No... ¡Si vieras lo difícil que es! Cree que mi retrato es una excepción. Por la amistad que tiene con Ernestina. No quiere ya hacer más retratos.

—Mejor. Eso avalora el tuyo. Yo iré y puntualizaremos los detalles antes de comenzar.

La decepción de Marcelo al ver llegar a don Salvador había sido grande. No sólo se le escapaba su conquista, sino que se veía en ridículo ante aquel modesto empleado que le pedía que retratase a su esposa, como si él se dedicase a pintar mujeres vulgares.

Se excusó lo mejor que pudo:

—Yo ofrecía a su señora ocuparme de ella. Cierto. Es un lindo modelo.

—¡Favor que usted le hace!

—Pero creí estar más tiempo en Madrid. Tengo que marcharme. Me falta el tiempo.

—Si pudiera usted quedarse unos días. Un par de *poses* serían bastante para usted.

—¡Es imposible!

—Por lo que pueda costar no lo deje. Yo le daría 50.000 pesetas.

El furor disimulado del artista no podía contenerse.

—¡Cincuenta mil pesetas! Crea usted que no se trata de dinero. En cuanto me encierre en mi ta-

ller de Asniers comenzaré el cuadro monumental que me han encargado en los Estados Unidos. En New York... ¿Sabe usted lo que es New York, amigo mío? La ciudad del mundo que tiene mayor número de habitantes. Por mi cuadro de *El Apocalipsis* me pagan nada menos que trescientos mil dólares. ¡Vea si puedo perder tiempo en retratitos!

Ernestina evitó que Carola se desesperase.

—¡A cualquiera más que a ti se le ocurre hacer que fuera tu marido a ver a Marcelo! Lo has echado todo a perder.

—¿Pero por qué?

—Hija, parece mentira que seas tan inocentona. Marcelo se había enamorado de ti. Con habilidad, tal vez le hubieras sacado el cuadro.

—¿Pero estás loca?

—¡Bah! Tú no sabes lo que son los artistas. Seguramente que si no hay amor de por medio y no se aligera de ropa doña Cayetana, no tenemos la Maja de Goya.

Ante el gran disgusto de Carola, Ernestina sintió piedad.

—Pero no te apures. A veces los que más nombre tienen no son los que mejor lo hacen. Estos

consagrados suelen dormirse en los laureles y estar en decadencia.

—Sí, pero su nombre...

—No creas. A veces perjudica. Está todo lleno de obras suyas. ¿Por qué se buscan tanto los cuadros de Fray Angélico? ¡Porque hay pocos!

—¿Entonces?

—Yo tengo muchos amigos artistas. Jacinto Pimentel es el que está llamado a tener un gran porvenir. Tan joven y ya es rival de Marcelo. Te aseguro que lo veía con inquietud.

—¿Y crees que querrá hacerlo?

—Veremos. El está preparando ahora para la próxima Exposición. Pero yo se lo pediré. Es gran amigo mío.

También Jacinto Pimentel se hizo rogar. Era un tipo distinto de Marcelo. Joven valenciano, muy amable y muy obsequioso. Hablaba de arte con un fuego y un entusiasmo extraordinarios. Y estaba lleno de confianza en su porvenir. No necesitaba más que trabajar y el triunfo era seguro.

—A éste sí que se le conoce el genio—comentaba Ernestina—. En cuanto eche en el lienzo lo que tiene en la cabeza será un asombro.

El joven se mostraba entusiasmado de la figura de Carola.

—¡Qué partido se puede sacar! ¡Qué planos! ¡Qué valores!

La piropeaba así, ingenuamente, delante de don

Salvador, que se mostraba complacido y orgulloso de la belleza de su mujer.

En obsequio suyo, Jacinto Pimentel consintió en que el cuadro que pintaría para la Exposición sería el retrato de Carola.

Tenía que costar un poco caro. Aparte su trabajo, era costoso un gran lienzo, con un marco adecuado, suntuoso, armónico, que entonara la figura.

—Además —decía Jacinto—, se necesita saber elegir los colores. Hay colores que satisfacen por el momento, pero que con el tiempo se descascarillan y se pierden, y hay colores que están hechos para la posteridad. Es un secreto que no empleamos porque son de composición cara y difícil.

Carola no regateaba. No había que escatimar nada en una cosa que le había de salvar del olvido y completar toda su vida.

Quedó convenido en seis mil pesetas, sin el marco; de las cuales se adelantarían tres mil al artista para que comprase aquellos colores destinados a la posteridad.

El no tenía orgullo para rechazar un modelo apetitoso porque no fuese aristocrático. ¿Después de todo, qué eran los Médicis? El mejor museo de Dinamarca ¿no se le debía a un cervecero?

Lo difícil era organizar el local adecuado para el retrato. Su estudio no tenía calefacción, no era lugar apropiado para una dama. Le visitaban de-

masiado las modelos de profesión y los amigos que iban allí con sus conquistas.

Lo mejor era pintar en la misma casa de Carola. Como era piso principal, tenía una luz muy deficiente; pero el joven lo arregló todo. Buscó un contraste original entre la luz del día y unas bombillas eléctricas, que componían, con ella, un tono dorado, que hacía resaltar la suntuosa alfombra comprada por don Salvador para que sirviera de fondo al piso.

Lo más difícil era encontrar el pavo real. No era posible tenerlo vivo, porque los animalitos no soportaban el frío de Madrid. Había que contentarse con uno disecado, que no se encontraba. Al fin pareció uno en el Rastro. Estaba muy estropeado y descolorido. Le faltaban algunas plumas en la cola, la cual parecía un abanico roto, y un pedazo de cresta.

Jacinto declaró que eso no importaba, porque era cosa que sus pinceles remediarían rápidamente.

Se comenzó el retrato, o mejor dicho, las sesiones preliminares. Se le volvían todo tanteos al pintor. Había que ver de qué manera venía la luz y cómo resultaba más airosa la figura y más acusados los detalles.

Se le volvía todo colocarla de una manera, hacerla cambiar de postura, variar de sitio todos los objetos, encender y apagar las luces, entornar

o abrir los balcones y hacer una especie de signos cabalísticos sobre la tela con el carbón; pero no acababa de resolverse a empezar, sin darse cuenta de la impaciencia de Carola.

La joven había renunciado a toda ocupación y a toda distracción. No vivía más que para su retrato. Cuando venían a invitarla para algo sus amigas, se disculpaba:

—Estoy ocupadísima con el retrato que me hace el gran pintor Jacinto Pimentel. Tengo la casa revuelta. He necesitado hasta dejar un día de recibir. Se lleva mucho tiempo el posar, y como estoy de pie, hay que interrumpir las sesiones. Mientras yo descanso, él pinta el fondo o el pavo real, que resulta un detalle muy interesante.

Sin embargo, iba casi todas las mañanas al Museo, como si quisiera acostumbrarse a estar en él. Le daba la impresión de un gran hotel donde le iban a alquilar una habitación. El lugar donde iba a vivir eternamente, sin carecer de calefacción, de servidumbre y, sobre todo, de admiradores. Hasta tendría sus días de barnizado para cuidar de su belleza por siglos.

Se proponía que el cuadro fuese allí antes de su muerte, y gozaba imaginando la admiración de las gentes y los comentarios que harían. Pero su gran triunfo no podría gozarlo ella. Tendría lugar cuando pasara sobre su retrato el tiempo que había pasado sobre los de Velázquez, por ejem-

Cuando le miraba a los ojos...

pío. Entonces era fácil que se discutiera si la *Maja de pie* era más linda que la *Maja desnuda*.

La miraba ya a ésta como a una compañera, y se solía decir con satisfacción: "Es demasiado menudita. Yo soy más mujer. Lo que tiene es esa blancura de nácar, que parece que tiene luz dentro de la carne; pero con la crema de jazmín yo lograré también tenerla. El caso es que Jacinto sepa interpretarla."

Al fin comenzó a aparecer su figura sobre el lienzo en trazos negros y borrosos.

Se sentía ella como si tuviera hormiguillo en las piernas, bajo la mirada penetrante del joven. Le parecía que se clavaban sus pupilas cuando se fijaba intensamente en su descote, en sus piernas o en sus labios.

Cuando le miraba los ojos, le hacía parpadear de un modo nervioso.

—¡Quieta!—le ordenaba él—. Mireme usted a mí... Así... No mueva los ojos... Un poco más de expresión.

Se quedaba con el pincel en alto, como arrobado, y no pintaba.

Carola estaba inquieta. Le iba gustando demasiado Jacinto. Era joven, guapo, simpático, de tal manera, que no cabía ni el compararlo con su marido. Además, tenía otra gracia, otra viveza. Cuando tomaba los colores de su paleta y se dirigía,

pincel en ristre, al cuadro, tenía algo de jugador de florete en la soltura y la agilidad.

Así como ella se iba fijando en las gracias del pintor, Jacinto, a fuerza de manosearla con la mirada, se iba dando cuenta de los encantos de Carola, de aquella belleza que parecía estar en el fondo de ella y salir de vez en cuando a la superficie.

Carola trataba al joven en protectora, en mujer que paga y a la que él debía estar agradecido porque en los comienzos de su vida le tendía la mano para llevarlo a la inmortalidad.

Algo de eso debía sentir el pintor, según la cortedad que experimentaba ante ella.

Ernestina iba a verlos algunas mañanas un momento, y los miraba con cierta maliciosa curiosidad, como si les preguntara:

—¿Aún no?

Carola se daba cuenta y quería disculpar sus sentimientos diciéndose:

—Me gusta Jacinto; pero no es por su belleza. Es un sentimiento de orden superior. ¡Es tan fácil enamorarse de un hombre viéndolo en sus momentos de inspiración, alumbrado por el genio!

Jacinto conocía que iba ganando terreno, y cada vez se hacía más osado. Precisamente su audacia fué lo que hizo reaccionar a Carola.

No quería que su retrato pasase a la posteridad con una nota deshonrosa. Ella podría tener, qui-

zá, un devaneo, pero no podía manchar aquel retrato que representaba su sobreviviente, un hijo que encarnaba ella misma.

Su esposo no podía estar presente a las sesiones que tenían lugar a la hora de oficina. Carola se fué a ver a su tía y le confesó sus temores.

Desde aquel día, doña Mariquita estaba presente en todas las sesiones, con un libro en la mano.

—Me gusta ver pintar—declaraba, como para disculpar su presencia.

No podía disimular esa satisfacción que experimentan todas las solteronas en estorbar un amor.

Su presencia tuvo la ventaja de hacer que la pintura adelantase más rápidamente.

Era un retrato extraño. Se parecía tan poco a Carola, que un amigo de su marido, que entró en el salón, le había preguntado a ella:

—¿Es parienta de usted esta señora?

—Soy yo... Es que la cabeza no está aún acabada.

Don Salvador le decía:

—Será que no entiendo de pintura; pero tu retrato no me gusta.

—No sé por qué. Estoy más alta, más delgada, elegantísima. Se me ven muy bien todos los detalles, y hasta el dibujo de los encajes de la mantilla. Seguramente, Marcelo no hubiera detallado así.

—Pero no sé qué le encuentro.

—Aprensiones tuyas. Te pasa como a esas señoras que se pelean con el fotógrafo porque no las saca guapas. Sólo que ahora en vez de ser yo eres tú.

—Porque te quiero mucho.

—Pues el retrato es una preciosidad. No se pueden pedir más colores. Parece un cromo. El pavo está vivo, como si me fuera a hacer la rueda.

—Pues a mí lo que me parece es que está a medio asar, con esa luz rojiza e inverosímil. Sobre todo, no se te parece. Tú eres más guapa.

—Es que no está acabado. No me pongas nerviosa. Tú no entiendes de arte.

Ofendía tanto, en el fondo, aquella apreciación de su mujer a don Salvador, que le obligaba a guardar silencio.

Pero cuando el cuadro estuvo concluído, él ya no pudo callar. Aquella dama del retrato no le parecía a su esposa. Se lo dijo a Jacinto.

El lo miró desdeñosamente, con esa especie de lástima que un gran artista debe sentir por un pobre hombre que se pasa la vida entre expedientes.

—Su esposa está estilizada por mí. Ha perdido la vulgaridad.

—Pero yo creo que en un retrato el parecido es lo primero.

—Y tiene usted razón. Su esposa está más pa-

recida de lo que usted supone. Yo he sabido ver en ella lo que usted no ve. Le he retratado el alma.

Carola le daba la razón al artista. Ella tampoco se gustaba en el retrato; pero la verdad artística debía ser superior a la verdad física, como decía Ernestina, distinguiendo entre una pluralidad de verdades.

—¡Verás cómo es la primera medalla!

Esa ilusión la conformaba. Con tal de alcanzar la vida eterna, que esperaba de su imagen, no tenía importancia que no fuese del todo exacta. Quizá eso le favorecería. Había que pensar en los que la vieran con ojos de artista. El vulgo no tenía importancia.

Pero lo malo fué cuando llevaron el lienzo a la Exposición y no lo admitió el Jurado.

La desesperación de Jacinto fué enorme. Se revolvía contra la injusticia de los jueces. Eran siempre los mismos, los paniaguados, que cerraban la puerta a la juventud y ahogaban a todo genio naciente; estaban llenos de incomprensión y de prejuicios.

Quiso recurrir a los periódicos, dar escándalo, que se le hiciera justicia; pero en vista de que no conseguía nada, y de que en Madrid no existía, como en Francia, un *Salón de Rechazados,* para que el público pudiera convencerse de la mala fe del Jurado de la Exposición, pensó en colgar su cuadro de un árbol del Retiro.

Carola lloraba sin consuelo. Sentía como un desaire que le hicieran personalmente el de no aceptar su retrato en la Exposición. Esta vez era ya imposible ocultar a sus amistades el ridículo que había caído sobre ella.

—¡Y precisamente en lo que constituía la ilusión de mi vida!

Jacinto tenía aún partidarios. Había gentes que celebraban el cuadro como una maravilla. Una forma de arte nuevo que los viejos jurados no comprendían.

—¿Acaso no rechazó Felipe II el San Mauricio, del Greco?

Ernestina tomaba el partido del pintor, y hasta en sus momentos de intimidad sabía decirle a Carola:

—¡Pobre muchacho! Si le ha faltado inspiración es sólo por tu culpa. ¡Cualquiera es capaz de pintar el retrato de una mujer como tú, teniendo delante el fantasma de doña Mariquita!

Pero cuando la desesperación de Carola no conoció límites fué cuando Jacinto tomó aquella resolución de colgar su retrato de un árbol. Aquello era una deshonra de la peor especie.

Tuvo que intervenir don Salvador y hasta recurrir a las autoridades para evitar aquella vergüenza al retrato de su mujer. Para colmo de males, y poder impedir que Jacinto dispusiera del

lienzo, tuvo que entregar las otras tres mil pesetas.

Así rescatado el gran cuadro, fué a ocupar el testero principal del salón; pero tristemente, sin la gloria a que estaba destinado; envuelto, como en un sudario, en su velo de gasa rosa, para librarlo de las injurias de las moscas. Quedaba aún cierta esperanza.

—¡Quién sabe! Al Greco tardaron siglos en hacerle justicia.

Para Carlota había sido tan rudo el golpe, que su salud se alteró seriamente. Parecía que la amenazaba otro cólico de aire. Don Salvador, asustado, pidió permiso al ministro. Era el primer permiso que solicitaba en treinta y cinco años de servicios aquel empleado modelo. Se lo concedieron inmediatamente, y se llevó a viajar a su mujer por el extranjero.

Durante aquel viaje había acaecido la muerte de la pobre doña Mariquita.

La buena señora padecía durante los últimos inviernos continuos catarros, adquiridos cada vez que se mudaba de ropa interior, y tenía que realizar aquella monda de capas superpuestas de sus innumerables camisetas de lana. Era como si la desollasen.

La encontraron una mañana muerta en su lecho, con los auriculares puestos. Debió ser una muerte instantánea.

Esto abrevió el viaje del matrimonio. Carola lloraba por su tía más que había llorado por su madre, y quiso volver a Madrid a tributarle los últimos honores.

La distracción del viaje, los cambios de clima, le habían sentado bien. Había vencido hasta un principio de diabetes, ocasionada por el disgusto. Pero le había quedado un aire de tristeza y de melancolía que causaba la desesperación de su marido. Se diría que se dejaba vivir sin que nada le interesara. Como si la molestase su vida sin objeto.

La idea de la posteridad la seguía inquietando, pero los repetidos fracasos habían torcido la dirección de su espíritu y se había convertido en una idea malévola y envidiosa.

No quería que nadie gozase su fortuna. Sus hermanos hacía ya muchos años que ni la visitaban ni le escribían siquiera, a no ser que necesitasen alguna recomendación del cuñado. Lo mismo ellos que los sobrinos de don Salvador, no llorarían su muerte.

A pesar de todo lo sucedido, no había perdido su compostura de Maja.

Seguía vistiendo de negro, con profusión de en-

cajes y usando la mantilla y las joyas. El pobre pavo real, tan estropeado, ocupaba el lugar preferente del salón, sobre un soporte de caoba. Se diría que aún esperaba al pintor que lo salvase.

Cuidaba su rostro y sus manos, que adquirían la blancura diáfana de la Maja de Goya; pero ya no iba al Museo. La recordaba con rencor, como una rival que con malas artes la hubiera vencido.

El tiempo pasaba de una manera triste y monótona, sobre todo para el pobre don Salvador, al que le entenebrecía la vida, la melancolía de su mujer. Carola no quería salir a ninguna parte, como si estuviese guardando en su soledad lo de Maja que había quedado en ella. Se había vuelto huraña, intratable; ni recibía ni visitaba. Había roto con todas sus antiguas amistades. Don Salvador tuvo que adquirir un vicio que no había tenido jamás, para librarse de la atmósfera pesante de su casa: se iba un rato al café.

Pero un día se quedó sorprendido del aspecto animado de su esposa. Carola parecía haberse rejuvenecido y volver a su alegre actividad de antes.

No se atrevía a preguntarle a qué se debía aquel cambio que la hacía salir. Pero ella se adelantó a sus deseos.

Había encontrado la idea en que cifrar la nueva ilusión de su vida. La manera de invertir su

fortuna; el medio seguro de alcanzar la inmortalidad soñada.

¡Puesto que no podía ser Maja, se haría un mausoleo!

EL LIBRO GALANTE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

NOVELAS DE AMOR DE LOS MEJORES AUTORES DEL GÉNERO ERÓTICO

LUJOSA EDICIÓN UNA PESETA 130 PÁGINAS

OBRAS PUBLICADAS

1.—*La buscadora de lujurias*, por Pedro Morante
2.—*La cortesana portuguesa*, por Abel Botelho.
3.—*La ardiente faraona*, por Juan Caballero.
4.—*La mujeriega*, por A. Choiseul.
5.—*La hipócrita libertina*, por Eva León.
6.—*La escuela de las cocotas*, por A. de Santillana
7.—*Japonesitas de amor*, por F. Champsour.
8.—*Un pelo de tonto*, por Fernando Luque.
9.—*Las siete lujurias*, por Severo Morales.
10.—*Perversidad moderna*, por Jacques de Bandol.
11.—*Crueldades del amor*, por Alvaro Retana.
12.—*El placer de los placeres*, por Juan Caballero.
13.—*El Milagro de la isla de Lesbos*, por Renato Blay.
14.—*De cinco a siete*, por Andrés Guilmain.
15.—*Ocho meses de amor*, por Enrique Sordiel Poncela.

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Pobrecillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.

Imp. Sáez Hermanos,
Norte, 21. — Madrid.